

Goethe (Un díptico)

Carlos Eduardo Omar Serrano Navarro

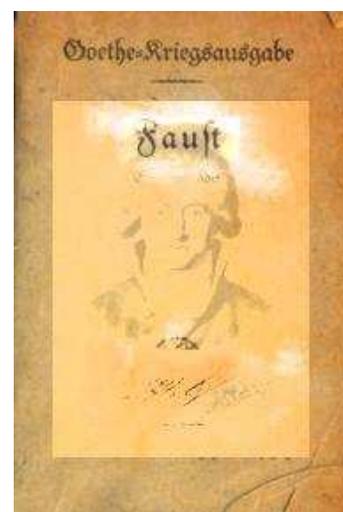
I Goethe el príncipe de Weimar

Goethe, por lo que nos es sabido, no vivió una infancia muy distinta de la del resto de sus compatriotas alemanes en la ciudad alemana de Fráncfort.

Hijo del consejero imperial Johann Kaspar Goethe y de su esposa Katharina Elisabeth Textor, su autobiografía nos narra particularidades de su educación y, cómo el rigor de ésta, fue importante para su vida posterior.

El padre, debido a su oficio de consejero, era un viajero incondicional y la familia gozaba de estabilidad económica pero sin grandes holguras. Sobresale que la madre llevaba veinte años de edad a su marido lo cual daría una cierta particularidad al hogar y sus relaciones internas, particularidad que Goethe nunca se ocupó en añadir ni señalar al respecto. La familia Goethe-Textor contaba con buena reputación en la ciudad Francfort y era reconocida por su refinamiento en las costumbres y por su acercamiento a la cultura.

Las experiencias de juventud, y los acontecimientos significativos: sociales, políticos y culturales de la época, Goethe, los transfirió y rememoró en su novela epistolar *Werther*. Años después, durante su estancia en Weimar a sus ochenta años de edad, gozando de una robusta salud, diría que allí, en el *Werther*, estaba plasmado el combate propio que le tocó luchar contra toda la sociedad en su etapa de aprendizaje, aclarando –claro está– que este combate no solo pertenecía a él como ser humano, inquieto e intelectual, sino que este tipo de lucha era parte implícita en la condición humana de los jóvenes con sueños, que, pasada la etapa de promesas, la sociedad les quiere cerrar las puertas o les persigue como forajidos para no dejarles entrar en su seno. Más en sociedades cerradas y caóticas que tienden hacia su propia anorexia y que pretenden no dejar aire para respirar al joven o le exigen que se hincle ante lo existente. Goethe rechazó este trato humillante, siempre mantuvo la cerviz en alto, pasara lo que pasara, puesto que no consentía declararse vencido y en servidumbre ante las contingencias del medio.



Cuando presuntamente consideró que era hora de retirarse de la corte de Weimar -a la cual sirvió gran parte de su vida como consejero secreto- y de los salones, y dejar las veleidades humanas, sus años últimos los pasó tranquilo, trabajando en su obra. A su llegada a Weimar, cuando rayaba los veinte y cinco, se hizo cargo, junto a Shiller, de la dirección del teatro patrocinado por el gran Duque y la gran Duquesa de Weimar; fue su ministro de estado y tuvo a estos Duques entre sus mejores amigos, pertinentes, contertulios y, en su casa, les brindaba veneración pública.

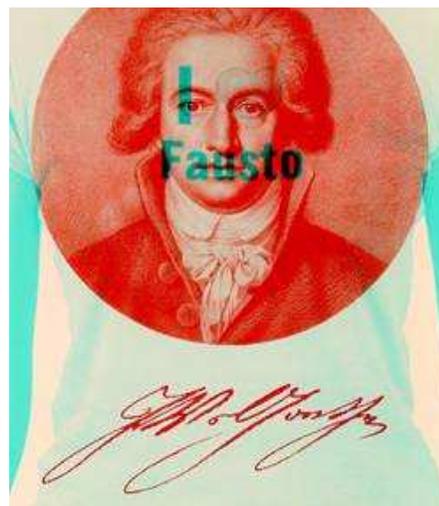
La obra que, el escritor, consideró su obra cumbre, y a la cual dedicó el postrer momento de su vida, fue el *Fausto*. Considerada una de las grandes obras de la literatura universal, narra las vicisitudes del doctor Fausto por encontrar la fórmula mágica perfecta que le permita dominar el mundo en que vive y escapar de las leyes y contradicciones filosóficas en que se encuentra enfrascado el ser humano; que le inquietan y atormentan. Fausto termina vendiéndole el alma al diablo y, el poder creador, encarnado en Mefistófeles, le instruye y enseña en el camino de la sabiduría suprema. Mefistófeles toma cuerpo de joven bien parecido y desenvuelto y le acompaña en toda la novela. La obra está redactada en dos partes. En ambas operaron condiciones y tiempos distintos en su creación. La primera fue publicada por Goethe en el año 1908, considerándose que la hubo de terminar en 1806; la segunda, la trabajó y retrabajó hasta el mismo año de su muerte (1832). En sus conversaciones íntimas, Goethe, entre los años 1826 y 1832, acostumbraba a tratar con sus allegados íntimos -y por sobre todo con su consejero editorial, discípulo y corrector de pruebas Eckermann-, las ideas que le venían fluyendo constantemente sobre estilo y aconteceres de esta novela que, venía construyendo desde hace tiempos en su interior. A *Fausto*, comentaba Goethe, era fácil darle continuidad porque al plan original venía desde la juventud arañándole las entrañas y hace tiempos la traía metida entre la cabeza. Siguiendo un plan ya trazado (como lo haría un artista plástico, con esbozos y bosquejos apuntados cuidadosamente en una libreta de notas), desarrollaba la acción, dándoles fuerza a sus personajes. Extraía un cúmulo de imágenes de otras, previas, que se venían cociendo desde hace tiempo; les daría vida, persistencia y, soltaría en la palabra como ráfaga continua. Este método de trabajo comprendía textos ya escritos o “guardados a la espera de una ocasión propicia”, que se ensamblaban, retrabajándolos de manera puntual y decisiva, sin que necesariamente fuesen escritos de un solo tirón, ni guardaran continuidad entre sí. Así creó la última parte del Fausto, que vino a ver luz editorial después de la muerte del poeta. En ella trata la magia y el poder. El plan de trabajo -según Eckermann- consistió en dividir en cinco episodios aparentemente diferentes la estructura general narrativa. A partir del tercer episodio, Fausto consigue el poder. Se enamora, con la complicidad de Mefistófeles, de Margarita. La chica recibe de Fausto -inspirado en el demonio que la ha creado por arte mágico- una faustuosa joya que es descubierta por su madre encima del armario donde la guarda la joven y, esta, oliéndose que algo raro guarda aquella joya, la hace bendecir por el cura de la parroquia, quien, y con el pretexto de salvar a la joven del averno, la toma para sí y la roba. La madre muere al conocer los amores clandestinos de Margarita con Fausto. Margarita es llevada a la cárcel luego de la muerte de su hermano a manos de Fausto, este trata de rescatarla y ella viene a morir entre sus brazos. Más adelante Fausto es llevado por Mefistófeles a la orgía de las brujas, donde se enamora del espíritu de Helena. Muere Fausto y Dios le salva del infierno haciendo énfasis en la persistencia del hombre por alcanzar la voluntad en el actuar y querubines riegan de pétalos de rosa el cuerpo del sabio.

Goethe siempre negó que el Fausto tuviese rasgos autobiográficos. En cuanto al Werther, afirmó lo contrario. Dijo que era en gran parte producto de sus ideas y experiencias de vida y que estaba cargado de paralelismos que entroncaban perfectamente con las circunstancias de su vida (cuando el poeta contaba con 24 años de edad, se enamora de una joven mujer comprometida llamada Charlotte Buff. El desarrollo de los hechos y este amor se bifurcan y penetran en la novela a la que se suma la muerte de Werther que, al igual que Jerusalén -su amigo íntimo-, termina suicidándose).

Johann Peter Eckermann, fue, para Goethe, una especie de “consejero”. Escritor novicio, conoció a Goethe cuando este



contaba con 73 años de edad y se mantenía vigoroso, sano y activo. Eckermann le envió unos poemas suyos a través del correo para que los leyera y diera su opinión, pretendiendo acercarse a al ídolo alemán. Resuelve, en el año 1823, a sus 31 años, visitarle en su estancia de Weimar. Y fue tal la atracción mutua –desde el primer momento- que Goethe le invitó a que fijara su residencia en Weimar... Lo acompañó hasta los días de su muerte. En el transcurso de los años que pasó junto a él logró penetrar en su intimidad, dado su interés por la ciencia, la literatura y el arte. El poeta lo “contrata” para que le sirva de “colaborador literario” y ponga a punto sus papeles y escritos regados por toda la casa. En esta labor –y en el diálogo- logra conocer los mayores secretos del gran hombre quien le abre su corazón de genio. La obra de Eckermann “*Conversaciones con Goethe*”, dividida en dos tomos, es de suma importancia para conocer las inquietudes y



pensamientos del genio de Weimar. Eckermann se hizo al cariño de Goethe y de toda su familia a tal punto de que era la persona mejor recibida en el hogar tanto para asuntos profesionales como del ámbito íntimo. Él desarrolló y ayudó a aclarar las ideas de Goethe sobre ciencia y literatura y, en relación a los trabajos que emprendiera en estos años –como el *Fausto*-, reordenó muchos manuscritos antiguos que se encontraban dispersos para darles continuidad, formulando notas de pie de página, para que el poeta los incluyera en proyectos literarios futuros; así alcanzó una gran comprensión del hombre y de su trabajo, inmiscuyéndose en la puesta en escena literaria. Eckermann fue fundamental dando consejos pertinentes, escuchando o direccionando escritos. Buscó aquí y allá parches y baches que bien pudieran re trabajarse y, en fin... Estuvo presente en las grandes conversaciones de Goethe durante los últimos diez años de su vida e incluso viajó con su hijo por Italia a pedido suyo... Pero tuvo la desfortuna que, bifurcados los caminos de los dos viajeros por contratiempos en la salud de Eckermann que se veía precisado a regresar a Weimar, el hijo de Goethe muere víctima de una pleuresía. En Eckermann encontramos al servidor fiel, atrevido como para no dejar pasar pormenores estilísticos comprometedores en la poética de Goethe. Inteligente, para comprender las formulas sobre la luz o el espectro solar sin dejar de hacer sus propias experiencias comprobatorias que le servirán para reafirmar o contradecir en lo tocante a los postulados del poeta sobre la materia. También comprendió la gran frustración de Goethe: el mundo científico nunca creyó en él.

Goethe denominaba a los hombres de ciencia superficiales “manada de engreídos” y decía que solo defendían sus ideas e inventos para resguardar sus intereses, agenciarse una comida fácil e inflar su estúpido orgullo.

Schiller marcó la vida teatral de Goethe y Goethe estimuló la de Schiller en todos los campos. Compañeros en el teatro de Weimar contaban con el auspicio incondicional del mismo Gran duque, entrambos crearon lo mejor del repertorio escénico de aquellos tiempos de toda Europa amparados por el monarca, a quien, Humboldt, reconociera inteligencia superior. Goethe tuvo gran admiración por su amigo el dramaturgo aunque llegó a criticarle, en privado, su pasional manera desahogada e irracional a la hora de tomar grandes decisiones; excusándole luego, diciendo que a Schiller todo se lo perdonaba pues así era su carácter y hacia bien en seguir sus impulsos. Es reconocida la anécdota de las manzanas dañadas de las que Schiller se acompañaba a la hora de la creación por las que Goethe sentía repugnancia. De esta manera se explicaba sus caracteres disímiles.



Lord Byron fue su otra gran pasión. De él dijo, el poeta alemán que era tan grande como Shakespeare y llegó a compararlo, en el plano de los genios, con Napoleón. Le siguió la pista por toda Europa y África y a donde fuera que iba aunque nunca llegó a conocerle personalmente. Eso sí: Intercambiaron nutrida correspondencia. Goethe no entendía la vida



disipada Byron. Su orgullo, llegó solo a justificarlo, rememorando la alta cuna donde naciera el inglés. Este encumbramiento –dijo un día Goethe– prácticamente desconectó al poeta con las aficiones culturales de la burguesía a la que odiaba y se hizo odiar, alejándolo del trato común y corriente con la clase media, separándolo definitivamente del reconocimiento de los mortales comunes mientras vivió.

Goethe, en la muerte del gran Duque de Weimar Carlos Federico, ocurrida en 1828, no cayó en la depresión como sus amigos esperaban. Tomó las cosas calma. Creía que el logos eterno tenía potestad de atraer la muerte para propiciar el cambio renovatorio perpetuo en las cosas y todos seres. Confió en la sabiduría del príncipe sucesor, Carlos Alejandro, tal vez confiado en que, su fortuna, ya no dependía de la voluntad de los hombres.

Fue un eterno enamorado de las mujeres bellas y creía en aquella especie de química espiritual de atracción que emana de la mente del hombre. Uno de sus grandes amores lo sintió por una jovencita a quien conoció en el balneario, Ulrike von Levetzow, cuando el poeta contaba con 73 años y la bella muchacha con 19. Charlotte von Stein, su primer amor, le inspiró la creación de Werther. Todos sus amores marcaron su producción literaria.

Goethe perteneció la masonería. Fue iniciado en Weimar en el mes de junio de 1780, a sus 31 años, en la logia Amalia y llegó a alcanzar el grado 33; cuando moría pidió a su nuera -que le acompañaba- que abriera de par en par las ventanas para que entrara la primavera. “Luz, más luz” fueron sus últimas palabras. Siempre creyó que *“toda grandeza y toda sabiduría radican en la minoría”*.

II Goethe

Goethe, con su prominente nariz prolífica, cachetes sonrosados de amante pervertido y frente alta como la de un gañan de la memoria, disipó, en el rimbombante mar de la palabra, los gestos iónicos del verbo que se le salían en remolinos por su bien predisposta inteligencia. Enchufado en sofá de tela roja, con botines a la moda y un sombrero de ala ancha esperaba de la vida lo que ella no poseía. Aristócrata feroz de los que pueden más que la necesidad y la gula, de los que ven en la decadencia un arma, en los libros un camino y en el bandidaje de las ideas un destino, enraizó la muerte y la vida en un solo soplo. Corazón rubio de alas largas y amores varios, cazador de doncellas en los caminos del espejo; tiernas cicatrices en la copa del árbol no lo dejaron fenecer de apoplejía.



Súbito vasallo del señor de las cortes de su tiempo; consejero fiel y secreto; nace 1832 cuando los aquelarres del pensamiento alemán continúan dando fiesta. Novelista, científico y artista; investigador de colores, biólogo, cojonuda próstata del ombligo del mundo, desarrolló



pensamiento universal dando placenta al futuro de sus conciudadanos alemanes. Interesado en la arqueología, el dibujo, la poesía y todas las ramas del saber y el rizoma de la vida... romántico, abogado, impulsor casamentero... arfil del príncipe heredero Carlos Augusto... químico, geólogo, ministro y puto masorpiano; masón y librepensador; corresponsal de Schiller; director del teatro ducal; deudor del Sturm und Drang... tormentoso y recíproco como nave herida en la mitad de la mar por rayo traicionero... fatigó hasta el último de sus días a los dioses para esclarecer el pensamiento. Eckermann, quien le anota día a día sus misivas habladas permeadas de misiles y flores, tomó esta nota un día de los tantos de los que, durante diez años, estuvo a su lado con lápiz y papel en mano.

Conversación del miércoles 31 de enero de 1827

[...] Me gusta echar un vistazo a lo que hacen las naciones extranjeras y recomiendo a cualquiera que haga lo mismo. Hoy en día la literatura nacional ya no quiere decir gran cosa. Ha llegado la época de la literatura universal y cada cual debe poner algo de su parte para que se acelere su advenimiento. No obstante, ni siquiera valorando de este modo lo que es extraño a nosotros deberemos apegarnos a ningún aspecto particular ni pretender verlo como un modelo. No hemos de pensar que lo adecuado es lo chino, o lo serbio, o Calderón, o los Nibelungos, sino que, puestos a necesitar un modelo, debemos volver siempre a los antiguos griegos, en cuyas obras aparece representado en todo momento el hombre bello. Lo demás únicamente debemos contemplarlo desde un punto de vista histórico y apropiarnos en la medida de lo posible de todo lo bueno que haya en ello. [...]

Fausto es el libro del portal del sabio. La aureola arrancada a los dioses por un corsario negro, pata de palo, que se atrevió a desafiar las leyes de la gravedad cósmica. Obra trágica, enteramente dialogada, que se adentra en todos nosotros los hermanos de sangre de Goethe y Fausto y nos soñamos en los infiernos mágicos.

En mi opinión: Goethe quiso desafiar la compleja trama de los símbolos y describir en letras lo que había sentido en su momento iniciático dentro de la logia masónica. Es imposible separar al hombre de la obra. Aunque el mismo Goethe nos dijera, en reseña abierta y controvertida, que, su obra, "Fausto", era solo producto de una lógica científica y escritural y no autobiografía.

Fausto, como Goethe persigue la verdad. El poder más allá de la razón. Y a las mujeres. Como todo el que se adentra en el mundo espiritual busca maestro: Goethe en la logia, Fausto en Mefistófeles. Logia y Mefistófeles son la misma cosa: compresas del saber, poder del símbolo, claves para enfrentar la vida en completa armonía con sus leyes. Conocedores del bien y el mal, los masones, se hacen independientes. Mefistófeles es noveno dan. Grado 33. Albacea del conocimiento que guía al doctor Fausto más allá de ciertos asuntos prácticos y, lo enlaza, con venas de poder.

Lo que es extraño, en Fausto, es que no pida el poder de obrar para sí y en sí, separado del tutor. Si bien, había dicho que la vida comenzó "no por el verbo" sino por la "acción"... Fausto, depende de Mefistófeles.

Lo otro extraño es que solo se haya dedicado a cultivar el amor de Margarita, cuando Goethe tuvo muchas

mujeres y por sí mismo debería saber que en la multiplicidad y la juventud que se ensarta en la vena del robo está el aura cósmica. Margarita se convierte en el tipo “esposa sagrada” de los místicos; conseguida en plenitud y sexo y en la disposición cósmica. Muere en sus brazos, cuando el hombre logra la plenitud del encadenamiento de las causas primeras, y, es Mefistófeles el que da señales y gestos e indica el número al iniciado.

Para poseer por entero a Margarita tiene que matar al “sobrino” de sangre: su hermano. La sangre del hermano pide el respeto por la no-desposada por lo que el amante se mantiene al margen de la acción, pero logra, en trifulca desastrosa y pelea mansalvesca, liberarse del otro. La madre de Margarita también muere: por las noticias venidas del comportamiento de su hija: así la sangre de la “provisión primera” deja de asistir al rapto de la verdad por parte del adepto. Los amigos del adepto (reflejados en los hombres que gritan y cantan en la taberna y por el estudiante que es discípulo de Fausto) son dejados fuera del conciliábulo, burlados por la lógica de la inteligencia superior lograda en la iniciación. El último vestigio de un hombre, la vecindad, es tomada por el maestro Mefistófeles... la enamora (a Marta, amiga de Margarita) para cerrar la acción y alejar a la invasora... de esta manera logra dos pases mágicos... convertir a la amiga en una especie de Celestina y alcahueta y dar campo a la acción del iniciado.

Por contraste, en la noche de Walpurgis, Fausto emprende viaje definitivo al mundo de la brujería acompañado por Mefistófeles; suben en arcones de palos o mederos. El aquelarre se celebra en la montaña sagrada consagrada para estos fines, y, Fausto, conoce allí a Helena (la raptada por Paris; narrada en la Odisea...) de la que se enamora. Todo tipo de personajes asisten a la fiestecita aquella, y, el mismo Mefistófeles, rey de los infiernos, se burla de ellos y sus fantasías.

Fausto muere. En el cielo le perdonan, pues dicen: *"a quien siempre se esfuerza con trabajo / podemos rescatar y redimir"*.

Fausto es Goethe y todos nosotros. Especímenes que no podemos respirar el aire rancio de las cloacas del mundo sin intoxicar nuestros pulmones y buscamos donde sea y como sea el Mefistófeles, el chamán, el gurú, la puta, la travesti, la fiestecita aquella, el aquelarre, la iglesia de culto, la soledad, el temor eludido, el miedo disipado, la trifulca de una pelea o la puñalada traperera dada por la espalda... el estilo de la lengua, la coartada, el biombo, el perico de la suerte, la noche negra, el festín, el eludir, el acojinar y la maceración de los granos del maíz en el mortero de las brujas para descifrar el número, adquirir cierta convicción en la cultura y traspasar las vasijas de la nada en la concreción eterna donde podamos inferir las delicadezas de los amarillos de la sangre y la obra de arte y, la vida, se convierta en ella.

Es imposible que la obra de Goethe se haya dado sin la participación de la logia masónica como ente rector de sus ideas. Toda la obra está cargada de símbolos leídos en la lente de la iluminación, y, obedece, a cierto expresionismo dramático que revierte lo creado a la naturaleza. Autor y creación son romanticismos.

Cuando el iniciado destapa sus ojos, se encuentra, frente a su nariz, la espada flamígera que le apunta amenazante... La muerte ha quedado atrás.

Carlos Eduardo Omar